

Doce temas importantes de las Sagradas Escrituras

Autor: F. Gfeller

La noción de un Dios supremo, Creador de todas las cosas, es admitida de buen grado aun entre los pueblos no cristianos. Si este Dios supremo no se hubiera ocupado de su criatura después de haberla formado, habría permanecido en esferas alejadas sin ninguna relación con el hombre formado a su imagen y semejanza. Pero Dios se reveló.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Prólogo	5
La Palabra de Dios.....	6
El Pentateuco	6
Los salmos	7
Los profetas	7
Los evangelios.....	8
Los Hechos de los Apóstoles.....	8
Las epístolas	9
El Apocalipsis	10
Dios	12
El Dios creador	12
El Dios justo y santo	12
Dios es luz... Dios es amor	13
La relación de Dios con su criatura.....	13
Jesucristo.....	16
¿Quién es Jesús?	16
La obra de Jesús	18
El triunfo de Jesús	19
¿Quién es el Espíritu Santo?.....	20
Su origen y su naturaleza.....	20
Sus funciones esenciales	21
Sus acciones ocasionales	21
El templo del Espíritu Santo.....	22
¿Qué limita la acción del Espíritu?	23
Satanás	24
Su origen	24
Su caída.....	24
Su actividad en la tierra	25
Su actividad en los lugares celestiales	26
Su destino final.....	26
Conocer al hombre.....	28
El origen del hombre.....	28
La responsabilidad del hombre	29
La caída del hombre	29
El destino del hombre.....	30

El mundo	31
El mundo creado	31
La humanidad	31
La sociedad	32
El gobierno del mundo	33
El pueblo de Israel	34
Su origen	34
Su organización	34
Su destino	35
El privilegio de este pueblo	36
Las tribulaciones de Israel	38
La Iglesia	40
Su fundamento	40
¿Quién es miembro de la Iglesia?	40
¿Qué papel desempeña la Iglesia en la tierra?	41
La iglesia local	42
El destino de la Iglesia	43
La profecía	44
La fuente de la profecía	44
El escenario de la profecía	45
El objeto central de la profecía	45
El propósito de la profecía	46
La realización o el cumplimiento de la profecía	47
La muerte	49
Su origen	49
La muerte tal como era considerada por los creyentes antes de Jesucristo ...	50
La muerte para el cristiano	50
La muerte para el incrédulo	51
La muerte será abolida	52
La resurrección	54
Las primicias, Cristo	54
Dos resurrecciones	55
La resurrección de vida	55
La resurrección de condenación	57
Jesús es la resurrección y la vida	57

Prólogo

“ Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para re-
dargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre
de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra
(2 Timoteo 3:16-17).

Para sacar el mayor provecho del estudio de la Biblia es necesario y útil comprender bien el sentido y el alcance de los puntos principales, cuyo tema se vuelve a encontrar a lo largo de las Escrituras. Con los doce temas de este libro, deseo guiar al lector de la Biblia para evitar confusiones que pueden producir erróneas interpretaciones del texto sagrado.

Como solo Dios puede alumbrar nuestro entendimiento, aconsejo al lector emprender el estudio del santo Libro con oración, rogando al Señor que le abra los ojos para discernir sus maravillas y el corazón para apreciar sus riquezas. Entonces descubrirá, en la Palabra de Dios, los múltiples rayos de la gloria de nuestro Señor y Salvador Jesucristo: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39).

Si estas páginas animan al lector a realizar un estudio más profundo de la Biblia, ciertamente la meta de ellas será alcanzada. La lectura de la Biblia conducirá al creyente a conocer más profundamente la verdad de Dios y le llevará a tener una fe personal en Jesús y en Su obra en la cruz.

¡A Dios sea la gloria por siempre!

La Palabra de Dios

La noción de un Dios supremo, Creador de todas las cosas, es admitida de buen grado aun entre los pueblos no cristianos. Si este Dios supremo no se hubiera ocupado de su criatura después de haberla formado, habría permanecido en esferas alejadas sin ninguna relación con el hombre formado a su imagen y semejanza. Pero Dios se reveló. Tan pronto como el pecado produjo la ruptura de las relaciones iniciales, Dios prometió una simiente a la mujer, una simiente liberadora. Después continuó revelándose a aquellos que se le acercaron por la fe y con un corazón humilde. Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac y Jacob fueron beneficiarios de unas revelaciones particulares en forma oral, por medio de ángeles o directamente en visión y en sueño. No obstante, fue necesario que las enseñanzas divinas fueran escritas, por lo cual Dios preparó a su siervo Moisés, instruido en la sabiduría más renombrada de aquella época.

El Pentateuco

Es llamado así por los cinco libros que lo forman. El Pentateuco es la base de la revelación de Dios durante el período que precede a Jesucristo. Moisés es su autor, a excepción del último capítulo de Deuteronomio que nos relata su muerte en el monte Nebo. Tanto Moisés como el resto de los autores fueron inspirados por el Espíritu Santo para escribir estos textos históricos y didácticos.

“ Santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo (2 Pedro 1:21).

Hasta el tiempo de Samuel, e incluso de David y Salomón, el Pentateuco era “la Palabra” por excelencia. Solo se habían añadido algunos libros históricos. Esta Palabra hacía las delicias de aquellos que alimentaban su corazón con ella, como lo dice David en el Salmo 19: “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos... Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal. Tu siervo es además amonestado con ellos; en guardarlos hay grande galardón” (v. 7-8, 10-11). El largo período desde Moisés hasta Cristo está caracte-

rizado por la revelación de Dios a Moisés, por el don de la ley, base de las relaciones del hombre con Dios, hasta que Jesús vino para cumplir las exigencias de ella. Él era el único que podía hacerlo, por su vida perfecta y por su muerte como víctima por el pecado.

Los salmos

En esta categoría están clasificados todos los libros poéticos que expresan los sentimientos de los fieles. En ellos encontramos toda la profundidad de los pensamientos que el Espíritu de Dios pone en los corazones y que a menudo sobrepasan las experiencias personales de los que los escribieron. Su carácter profético es evidente, ya que a menudo se refieren al residuo judío del tiempo futuro, pero sobre todo al Mesías, sea en sus sufrimientos o en su gloria venidera.

En ellos los creyentes de todas las épocas encuentran consuelo y un estímulo a la confianza. Las citas de los salmos que encontramos en el Nuevo Testamento nos prueban la riqueza contenida en estas porciones de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, su alcance directo no corresponde a la era actual, época de gracia, ya que varios salmos mencionan la venganza contra los enemigos, lo que también vemos en todo el Antiguo Testamento. Prueba de ello está en las citas que el Señor da cuando omite el segundo versículo de Isaías 61 al leer lo que concierne al “año de la buena voluntad de Jehová”, y no lo que se aplica al día de la venganza (ver Lucas 4:19).

Los preceptos morales del libro de los Proverbios son provechosos en todo tiempo, y las consideraciones del libro del Eclesiastés tienen un alcance práctico que no debemos olvidar. El lenguaje sublime del Cantar de los Cantares debe ser leído con respeto, sin perder de vista la persona del Amado, es decir, Cristo mismo, el único, el incomparable. Las floridas y perfumadas expresiones de este libro deben ser tomadas en un sentido simbólico; entonces captaremos su sentido espiritual. Nuestros corazones serán alentados por el afecto de Aquel que nos ha amado primero y cuyo amor es fuerte como la muerte.

Los profetas

Los libros históricos se hallan dentro de esta categoría, la más extensa de las Escrituras. Por medio de las profecías Dios mismo se dirige a su pueblo para advertirle, consolarle, censurarle a menudo, pero también para animarle. El testimonio dado en relación con el pasado en los libros históricos también tiene como objetivo advertir y alentar; esto es tan cierto que la Historia es un perpetuo comenzar.

El anuncio de los acontecimientos futuros es el rasgo característico de los profetas del antiguo pacto, pero no para satisfacer la curiosidad. Cuando se trata de una amenaza de juicio, este es anunciado de antemano para permitir que los corazones se humillen y se arrepientan. El llamado a la conciencia del pueblo muchas veces suena antes de que el juicio se ejecute, y si se escucha el llamado, el juicio se aplaza.

El cuadro de la profecía es Israel, pero los gentiles también son considerados, pues el carácter de su relación con el pueblo de Dios determina su bendición o su juicio. El objeto central de toda profecía y su propósito final es la gloria del Mesías, gloria conseguida por su sufrimiento y su muerte. Varios pasajes aluden a ello, muy especialmente Isaías 53. Le invitamos a leer atentamente este maravilloso capítulo.

Los evangelios

Los evangelios son cuatro y describen la vida del Señor Jesús. La repetición de ciertos hechos no hace más que subrayar su importancia, mientras las variantes de algunos relatos nos hacen descubrir aspectos relevantes sobre los que el Espíritu Santo quiere llamar nuestra atención. Así como una grabación en estéreo puede hacer más completa la audición de una pieza musical, los diversos aspectos de la vida, la Persona y la obra de nuestro amado Salvador deben ser referidos bajo un ángulo diferente para que nos permita penetrar en lo infinito de su Ser. Las aparentes contradicciones no lo son, y las lagunas de ciertas narraciones son requeridas por el Espíritu de Dios para hacer más visibles las variadas glorias del Señor Jesús.

Mencionemos, aunque sea brevemente, los caracteres particulares de los cuatro evangelios en relación con Jesús:

Mateo: Jesús como Rey, Mesías de Israel, pero rechazado por él.

Marcos: Jesús como Siervo, consagrándose hasta dar su vida.

Lucas: Jesús como Hombre que toma nuestra naturaleza, excepto el pecado.

Juan: Jesús como Hijo de Dios, trayendo la gracia y la verdad.

A estos cuatro caracteres se enlazan diversos títulos dados a Jesús, así como el significado profundo de diferentes ordenanzas de la ley.

Los Hechos de los Apóstoles

Unido estrechamente al evangelio de Lucas, el libro de los Hechos es la narración de los primeros acontecimientos de la historia de la Iglesia.

El ministerio de los apóstoles es la continuación del ejercido por el Señor Jesús, como él mismo dijo: “El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre” (Juan 14:12).

El acontecimiento principal de este libro es el don del Espíritu Santo. Este hecho esencial da un carácter particular a todos los relatos, ya que por su poder los apóstoles, que antes eran discípulos temerosos, pudieron predicar el Evangelio valerosamente y efectuar milagros. Los primeros doce capítulos nos presentan principalmente el ministerio de Pedro, mientras que a partir del capítulo trece se trata del de Pablo. Según la orden dada por Jesús, la Palabra fue presentada primeramente a los judíos, después a los samaritanos y a continuación a los gentiles. El apóstol Pablo fue enviado por el Señor para anunciar la buena nueva de la salvación a las naciones (gentiles), lo cual produjo la ira de los judíos y provocó violentas persecuciones contra él en todas partes.

El carácter histórico del libro de los Hechos no es lo que le da su mayor valor. Además de los mensajes directos que contiene, el ejemplo de la fe de los primeros creyentes y su fidelidad son una preciosa enseñanza para nosotros. Como en los evangelios, varias narraciones de los Hechos tienen un sentido simbólico que les confiere un valor instructivo y de advertencia. Dios mostrará al lector atento lo que ha querido enseñar por medio de este libro cuyo interés práctico es evidente. Aunque ya no estamos en esa edad de oro, los recursos de entonces subsisten aún para nosotros; solo necesitamos extraerlos.

Las epístolas

“ Como perito arquitecto puse el fundamento... Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo (1 Corintios 3:10-11).

El Espíritu de Dios condujo a los apóstoles Pablo, Pedro, Santiago, Juan y Judas a escribir cartas dirigidas a asambleas locales, a personas particulares, o también de un carácter más general: a toda la familia de Dios. Estas cartas han sido conservadas y forman parte de las Santas Escrituras, tal como dice el apóstol Pedro: “Como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas... las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición” (2 Pedro 3:15-16).

Todas estas epístolas tienen como objetivo establecer la fe cristiana poniendo el fundamento sólido sobre el que reposa, es decir, Jesucristo, y resaltar la Persona y la obra de nuestro Salvador. Las epístolas de Pablo desarrollan la doctrina referente a la Iglesia, su unión con Cristo, su vocación celestial, la función de sus miembros y sus relaciones entre ellos. Las epístolas de Pedro se refieren más a las condiciones de nuestra vida en este mundo y nos animan en cuanto a este asunto. Las de Juan tienen por tema la familia de Dios e insisten en el amor que debe reinar en su seno. La epístola de Santiago nos exhorta a manifestar visiblemente la fe, y la de Judas nos advierte sobre el peligro de abandonar la fe y la verdad cristiana.

Cada una de estas cartas conserva su valor permanente, aun cuando las condiciones actuales no son las mismas que entonces. Es “la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23). Dios también permitió una serie de circunstancias que establecieron tal directriz, para que estas instrucciones llegasen hasta nosotros. Por medio de las epístolas, la enseñanza doctrinal es completa y no necesita ninguna añadidura. “De la cual (la Iglesia) fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios” (Colosenses 1:25).

El Apocalipsis

Este libro tiene un carácter particular y es enteramente profético. Esta “revelación” fue dada al apóstol Juan cuando estaba exiliado en la isla de Patmos. El punto de partida de este notable libro es la visión gloriosa descrita en el primer capítulo. Esta visión produjo tal efecto sobre el apóstol, que cayó como muerto. Entonces el Señor se reveló a su discípulo poniendo su mano derecha sobre él y diciéndole: “No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:17-18). Después de estas consoladoras palabras, el Señor le dijo: “Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas” (v. 19). Esta declaración es la llave para comprender el libro del Apocalipsis: “las cosas que has visto”, es el primer capítulo; “las que son” corresponden a los capítulos dos y tres, que contienen las cartas dirigidas a las siete iglesias de Asia y son un cuadro notable de la historia de la Iglesia en la tierra; “las que han de ser después de estas” corresponden al resto del libro, a partir del capítulo 4; desde el primer versículo leemos: “Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas”.

Por no haber comprendido esta división capital del Apocalipsis, muchos comentaristas se han extraviado en sus interpretaciones, aplicando al período pasado y al actual los acontecimientos anunciados para el tiempo en que la Iglesia ya no esté en la tierra.

Los capítulos 4 y 5 describen simbólicamente las escenas celestiales que se desarrollarán al terminar la época de la gracia, después de que el Señor haya cumplido su promesa introduciendo a sus rescatados en la morada gloriosa de la “Casa del Padre”. Los capítulos 6 a 18 nos muestran, por medio de diversos cuadros simbólicos, la ejecución de los diversos juicios divinos sobre el mundo, el cual será el escenario de un caos social, político y económico sin precedentes. A partir del capítulo 19 tenemos la descripción de la victoria final de Jesucristo y el establecimiento de un reinado de justicia y paz. Con la mención del juicio final, a partir del capítulo 20, tenemos la apertura del estado eterno, definitivo e inmutable. Para los salvos serán el nuevo cielo y la nueva tierra, pero para los perdidos será la segunda muerte, representada por el lago de fuego. Al final de este libro todavía encontramos un solemne llamado dirigido a cada uno de nosotros:

“ El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente
(Apocalipsis 22:17).

“Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida” (Apocalipsis 21:6).

Dios

La revelación que Dios da de sí mismo es progresiva y corresponde a la naturaleza de las relaciones establecidas con su criatura.

El Dios creador

Toda la creación proclama el poder y la sabiduría de Aquel que ordenó todas las cosas.

“ Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Salmo 19:1).

“Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas” (Isaías 40:26).

“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20).

Este testimonio convierte al hombre en responsable ante su Creador, y si la fe está en él, le capacita para recibir su Palabra (véase la continuación del Salmo 19).

“Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios” (Hebreos 11:3).

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:1-3).

“Porque en él (el Hijo) fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra” (Colosenses 1:16).

El Dios justo y santo

“Mas Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?” (Génesis 3:9-11).

Responsable delante de su Creador, el hombre le debe sumisión. Esta primera escena en el paraíso terrenal nos habla de los derechos de Dios y de la incapacidad del hombre para obedecerle. De esta primera desobediencia proviene la historia de la humanidad en su perpetua rebelión contra Dios.

“ Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron
(Romanos 5:12).

“Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Habacuc 1:13).

“Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 4:8).

“Santo, santo, santo, Dios de los ejércitos” (Isaías 6:3).

“Justicia y juicio son el cimiento de tu trono” (Salmo 89:14).

Dios es luz... Dios es amor

Estas dos declaraciones de la primera epístola de Juan (cap. 1:5; 4:8, 16) nos hablan de la naturaleza esencial de Dios, mientras su justicia y su santidad subrayan lo que él es en relación con sus criaturas. Nada puede alterar lo que Dios es en sí mismo:

“ No hay ningunas tinieblas en él
(1 Juan 1:5).

“En el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

“Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto... Ved ahora que yo, yo soy” (Deuteronomio 32:4, 39).

“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

A estos caracteres de “luz” y “amor” corresponden las manifestaciones de gracia y verdad, muchas veces reveladas juntas en las Escrituras. De este modo lo incomprendible de la naturaleza divina es puesto a nuestro alcance. La Palabra de Dios es la fuente y el Espíritu Santo el agente dispensador o distribuidor. Entonces la fe capta estos caracteres divinos y se los apropia.

La relación de Dios con su criatura

Si bien esta relación se interrumpió a causa del pecado, el pensamiento de Dios, así como su deseo en cuanto al hombre, permanecen. Para la felicidad del hombre, Dios estableció una relación correspondiente a la revelación que él da de sí mismo. Esta revelación de Dios es progresiva en el transcurrir de los tiempos.

Con Abel encontramos la base de estas relaciones: su sacrificio. El sacrificio es lo único que permite al hombre pecador entrar en relación con el Dios santo. Prefigurando el sacrificio de Cristo en la cruz, la ofrenda de Abel aceptada por Dios estableció un principio inmutable: “Y muerto, aún habla por ella” (Hebreos 11:4). “Os habéis acercado... a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (Hebreos 12:22-24).

Hasta Moisés, esta relación fue individual. Enoc, Noé y los patriarcas disfrutaron de la dulzura de estas relaciones, que implicaban la fe de ellos. Por la fe creían las promesas acerca de una descendencia, aun antes de que la nación fuera constituida y pudiera entrar en esta relación.

Cuando Dios se reveló a Moisés, le declaró que él era el Dios de Israel. Con el nombre de Jehová, el Eterno, entró en relación con un pueblo que no lo conocía y a quien revelaría su gran poder al liberarlo de la esclavitud en Egipto.

Toda la historia de Israel, hasta la cautividad en Babilonia, está caracterizada por esta relación con Dios, la que a menudo fue perturbada por las múltiples desobediencias de este pueblo, si bien subsistió gracias a la gran paciencia de Dios. Pero esta paciencia llegó a su límite y Dios tuvo que abandonar al pueblo que había escogido. Su gran misericordia permitió que un residuo volviera al país, donde permaneció hasta la venida de Jesús. Durante este período Dios tomó el nombre de “Jehová de los ejércitos” para hablar con ellos. Dejó de ser el Dios de Israel para convertirse en el Dios de los ejércitos celestiales, presto a intervenir en favor de su pueblo y siempre dispuesto a esperar su arrepentimiento para bendecirlo.

En espera de la restauración del pueblo terrenal, la venida y el rechazo de Jesús abrieron una nueva etapa, caracterizada por una nueva revelación de Dios y una nueva relación con él. Poco después de su resurrección, el Señor Jesús confió a María Magdalena un mensaje de un alcance trascendental: “Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17).

Esta revelación pone al creyente actual en una relación muy íntima con Dios:

“ Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios
(1 Juan 3:1).

“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo” (Gálatas 4:6-7). ¿Qué derecho teníamos? Ninguno, por supuesto; solo la gracia de Dios da acceso a este favor. El menospreciar tal don de gracia es la ofensa más grande que hemos hecho a Dios.

El conocimiento de Dios solo puede ser adquirido por la revelación que él da de sí mismo. La Biblia es esta revelación. Ninguna filosofía ni ciencia pueden sustituir la simple lectura de la Palabra de Dios. El corazón que se deja impregnar por ella puede profundizar en las Sagradas Escrituras para descubrir en ellas lo que pueda satisfacerle plenamente para el presente y para la eternidad.

Jesucristo

Por una parte está el Dios santo, y por la otra el hombre pecador... ¿cómo conciliar estas dos cosas?

Preguntas semejantes a esta hallamos en el libro de Job, cuya historia nos lleva a tiempos muy antiguos:

¿Cómo se justificará el hombre con Dios?

“ (Job 9:2).

“¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer?” (cap. 15:14).

“¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios? ¿Y cómo será limpio el que nace de mujer?” (cap. 25:4).

“¡Ojalá pudiese disputar el hombre con Dios...!” (cap. 16:21).

En este mismo libro encontramos una respuesta dada por el Espíritu de Dios a través del sabio y humilde Eliú: “Si tuviese cerca de él algún elocuente mediador muy escogido, que anuncie al hombre su deber; que le diga que Dios tuvo de él misericordia, que lo libró de descender al sepulcro, que halló redención” (cap. 33:23-24).

Desde el principio del Nuevo Testamento, el Espíritu de Dios nos muestra al **único Mediador entre Dios y los hombres**. Este no podía ser hallado entre los hijos de los hombres, porque todos estaban contaminados por el pecado: “No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). Los esfuerzos de esta raza culpable demostraron ser inútiles para producir cualquier mejora. No obstante, Dios quería restablecer una relación entre él y su criatura. El único medio posible era enviar a su Hijo Jesús a la tierra, Emanuel, Dios con nosotros.

¿Quién es Jesús?

1. Su naturaleza divina: “María... había concebido del Espíritu Santo... Porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados... Una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros” (Mateo 1:18-23). “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo

el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:1-3). “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1).

2. Su naturaleza humana: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1:14).

Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne



(1 Timoteo 3:16).

“Vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte” (Hebreos 2:9). “Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:17-18).

La realidad de la naturaleza humana de Jesús es demostrada ampliamente en los evangelios, y el testimonio que los apóstoles dan de ella hace que esta verdad sea aún más digna de fe. Solo queremos añadir tres versículos que indican la perfección absoluta de la humanidad que revistió nuestro Señor, pues si bien participó de carne y sangre, no tuvo la naturaleza pecadora del hombre.

“Al que no conoció pecado” (2 Corintios 5:21). “El cual no hizo pecado” (1 Pedro 2:22). “No hay pecado en él” (1 Juan 3:5).

La unión de la naturaleza humana y de la naturaleza divina en una misma persona es un misterio que no nos pertenece analizar. La Palabra de Dios lo declara, nosotros lo creemos y adoramos. Ya los profetas lo habían anunciado, como en este pasaje de Isaías: “Un niño nos es nacido (la humanidad), hijo nos es dado (la divinidad), y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isaías 9:6). Uno a uno estos títulos demuestran la divinidad y la humanidad del Señor Jesús. Él ejercerá los derechos conferidos por dichos títulos según su poder divino y debido a su calidad de Hijo del Hombre, según lo que él mismo dijo: “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre” (Juan 5:26-27).

La obra de Jesús

“ El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (Marcos 10:45).

Vino para servir a Dios, su Padre, pero también para servir a su pueblo durante el tiempo del ministerio de su gracia. Venido con la más profunda humildad, tomó forma de siervo (Filipenses 2:7), y estaba en medio de los suyos “como el que sirve” (Lucas 22:27). La perfección de su servicio en favor de los suyos solo es comparable a la perfección de su abnegación. Este humilde servicio condujo al Señor a lavar los pies de sus discípulos, después de haberse ceñido con una toalla para secárselos. Nada era demasiado pequeño ni demasiado modesto para el Siervo perfecto, cuyo único gozo era cumplir la voluntad del que le había enviado.

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (Juan 10:11). Jesús puso su vida al servicio de los suyos durante su ministerio y, más aún, su vida fue dada “en rescate por muchos”.

Las Escrituras presentan diversos aspectos de la muerte del Señor Jesús en la cruz del Calvario:

“El cual se dio a sí mismo por nuestros pecados” (Gálatas 1:4).

“Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:5-6).

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24).

“El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25).

“Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:2).

“Cristo... se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14). “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar” (Juan 10:17).

Muchos otros versículos de la Palabra de Dios podrían citarse y todos nos mostrarían los dos grandes propósitos de la muerte de Jesús en la cruz: por una parte la reivindicación de la gloria de Dios según los derechos de su justicia y su santidad; y por la otra, la salvación del hombre y la purificación de su pecado.

El triunfo de Jesús

Mediante su muerte, Jesús destruyó “al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Hebreos 2:14). En la cruz, él triunfó sobre las potestades tenebrosas, las despojó y las exhibió públicamente (Colosenses 2:15). Al final de las horas del Calvario, antes de entregar su espíritu en las manos del Padre, dijo: “Consumado es” (Juan 19:30). Entró en los dominios de la muerte como vencedor, porque esta fortaleza inquebrantable, guardada por el mismo Satanás, le fue conferida desde entonces:

“ Quebrantó las puertas de bronce, y desmenuzó los cerrojos de hierro
(Salmo 107:16).

Nada pudo impedir que la muerte devolviera su presa y que la tumba, a pesar de la gran piedra colocada a su entrada, fuera abierta y encontrada vacía. “Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:54).

Las pruebas que certifican esta verdad capital son numerosas: “Cristo ha resucitado de los muertos” (1 Corintios 15:20). Este gran hecho es el fundamento de la fe cristiana, por lo cual no nos sorprende que los detractores del Evangelio se hayan ensañado contra esta gran verdad. El triunfo de Jesús no se limita solamente a su propia resurrección: “Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y... saldrán a resurrección de vida” (Juan 5:28-29). Por otra parte, el dominio universal será dado a Aquel que murió en la cruz y resucitó. Numerosos textos de la Palabra nos hablan de este glorioso triunfo. Invitamos al lector a buscarlos en su Biblia, y a descubrir muchos otros:

La historia de José (Génesis 37-41).

La historia de Mardoqueo (Ester 5-8).

Los Salmos 2, 8, 21, 22, 24, 45, 110, etc. Apocalipsis 19:6-16.

“Los profetas que profetizaron... de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Pedro 1:10-11).

¿Quién es el Espíritu Santo?

Si bien la palabra «Trinidad» no se encuentra en la Biblia, la realidad de lo que ella expresa está afirmada ampliamente en ella. Desde los primeros versículos de la Palabra encontramos la expresión “Dios” en plural, en el texto hebreo. Cuando se trata de la creación del hombre, habla en plural: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Génesis 1:26). En el versículo 2 de este mismo capítulo se menciona al Espíritu de Dios:

El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.



Las actividades del Espíritu son mencionadas muchas veces en el Antiguo Testamento. Él obra en los jueces y en los profetas, sea para el cumplimiento de obras particulares o para el testimonio oral de aquellos hombres de Dios. Toda la Biblia fue escrita bajo la dirección del Espíritu Santo, tanto la parte histórica como la profética o poética. “Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

En el Nuevo Testamento aprendemos más acerca de esta Persona divina, la tercera de la gloriosa divinidad.

Su origen y su naturaleza

El Espíritu Santo procede del Padre (Juan 15:26), y el Padre lo envió en nombre del Hijo (Juan 14:26). Después de la glorificación de Jesús, la promesa concerniente al Espíritu Santo se cumplió el día de Pentecostés, estando los discípulos reunidos (véase Hechos 2:1-4). Hasta entonces, ejercía su poder en ocasiones particulares; a partir del día de Pentecostés vino a la tierra para habitar en la Iglesia del Señor.

Se le conoce como “Espíritu de Dios”, “Espíritu de Cristo”, “Espíritu de Jesús”, y más a menudo como “Espíritu Santo” o simplemente “Espíritu”. La abundancia de las referencias o nombres que le conciernen nos impide citarlas, pues llenan los escritos del Nuevo Testamento.

En cuanto a la naturaleza divina del Espíritu y a su carácter de persona distinta a la del Padre y a la del Hijo, le sugerimos considerar los siguientes pasajes: Mateo 28:19; 1 Corintios 12:4-6; 2 Corintios 13:14, así como las tres parábolas de Lucas 15, donde vemos al Hijo en la primera, al Espíritu en la segunda y al Padre en la tercera.

Sus funciones esenciales

En los capítulos 14, 15 y 16 del evangelio de Juan, el Señor enseña a sus discípulos respecto al tiempo en que estarían solos en la tierra después de Su partida. En el curso de estos encuentros de una preciosa intimidad, a menudo el Señor alude al Espíritu Santo, llamándole “el Consolador”. Esta palabra (en griego “Paracleto”) también tiene el sentido de abogado, intercesor o defensor. Sustituye al Señor en el papel que él desempeñaba mientras estaba en la tierra con sus discípulos; por eso no podía ser enviado antes de que Jesús fuera glorificado (Juan 7:39; 14:16; 16:7). Las funciones de este Consolador están señaladas en los siguientes versículos: “Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (cap. 14:26). “El dará testimonio acerca de mí” (cap. 15:26). “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (cap. 15:8). “Él os guiará a toda la verdad... y os hará saber las cosas que habrán de venir” (cap. 16:13).

“ Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber (cap. 16:14). ”

El Espíritu Santo es quien nos hace comprender la Palabra de Dios, y por su testimonio en nosotros conocemos y comprendemos la relación en la cual somos introducidos con Dios (1 Juan 2:27; Romanos 8:15-16; 1 Juan 3:24; 4:13). La acción del Espíritu Santo no es solo individual, en el corazón del creyente, sino también colectiva. Obra en la Iglesia del Señor por medio de diversos dones de gracia, todos los cuales tienden a la edificación (1 Corintios 12 y 14; Efesios 4:11-13). Por encima de todo, el Espíritu Santo obra en el corazón de los rescatados para desarrollar en ellos el amor hacia su Salvador y llevarlos a desear más ardientemente su retorno. “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven” (Apocalipsis 22:17).

Sus acciones ocasionales

“¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos?” (1 Corintios 12:29-30). Tales preguntas nos demuestran que estos dones no han sido otorgados a la Iglesia de manera permanente, y que solo algunos los poseían. Cuando las necesidades eran satisfechas, estos dones no eran renovados. Nada impide que el Espíritu obre aún de esta manera en los tiempos actuales, cuando las circunstancias lo inducen, pero las condiciones que hacían necesarias tales manifestaciones cuando la Palabra de Dios no había terminado de escribirse, ya no existen hoy, al menos en nuestros países cristianizados.

Los últimos versículos del evangelio de Marcos y Hebreos 2:4 muestran que estos milagros acompañaban la Palabra de Dios y la confirmaban. Tanto en el ambiente idólatra de los países paganos como en el formalismo del culto levítico, en la filosofía de los griegos y el tradicionalismo de los judíos, todo era diametralmente opuesto a la verdad del Evangelio. El Espíritu Santo debía demostrar el poder de este para reducir a la nada a aquellos. En los tiempos futuros descritos en el Apocalipsis, este poder del Espíritu de Dios obrará de una manera aun más espectacular por medio de los dos testigos que serán suscitados entonces.

El templo del Espíritu Santo

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad... mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:16-17). “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16).

“**¿Ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?**
(1 Corintios 6:19).

“Sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22).

Estas citas nos demuestran claramente cuál es el templo del Espíritu Santo en la tierra. No se trata de una construcción humana ni de un edificio particular. El creyente, rescatado por la sangre de Cristo, nacido de nuevo por la fe en la obra de Jesús, es el templo del Espíritu Santo, con el cual está sellado y ungido según la Palabra de Dios (2 Corintios 1:21-22; Efesios 1:13). Aun los pequeños en Cristo poseen este privilegio, tal como lo leemos: “Vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros” (1 Juan 2:20-27).

El pasaje de Efesios 2:22 presenta el aspecto colectivo de esta verdad. El templo del Espíritu Santo es, pues, el conjunto de los creyentes, la Iglesia de Dios en la tierra. Este aspecto colectivo también es considerado por lo que evoca el pensamiento de la unión mencionada en el versículo 21 de 2 Corintios 1, así como en Efesios 4:3.

¿Qué limita la acción del Espíritu?

“No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Efesios 4:30). “Sed llenos del Espíritu” (cap. 5:18). “No apaguéis al Espíritu” (1 Tesalonicenses 5:19). Según estos versículos, nuestro comportamiento puede impedir que el Espíritu actúe libremente, sea en nuestra vida individual o en la Iglesia de Dios, cuando estamos reunidos alrededor del Señor.

¿Por qué hay tanta decadencia en la colectividad? ¿Por qué tanta negligencia en nuestro testimonio individual? ¿No será porque hay algo que perjudica la libre acción del Espíritu Santo? ¿Hay tantas cosas que ocupan aún nuestros corazones, que el Espíritu no puede llenarlos! No busquemos en otra parte las causas de la flaqueza del testimonio cristiano. El Espíritu de Dios todavía está ahí, pero su acción es estorbada por la de la carne . Lo mismo ocurre con el testimonio colectivo si la organización humana sustituye a la libre acción del Espíritu.

Satanás

Está claro que este tema no produce enriquecimiento espiritual, sin embargo es necesario conocer lo que la Palabra de Dios nos dice sobre Satanás. Aun siendo conscientes de su astucia, de su poder y constante actividad, debemos estar atentos para no caer en sus trampas. Sabiendo también que este adversario fue vencido por nuestro Salvador Jesucristo, debemos fortalecernos para resistirle, sin pretender desafiarle; pero con Jesús seremos victoriosos.

Su origen

La Palabra de Dios nos revela muy poco sobre Satanás; y las pocas porciones que nos hablan de él, a veces lo hacen encubiertamente, en particular las que hacen alusión a su estado original. Bajo la figura del rey de Babilonia, en Isaías 14 es descrito con el título que le es dado: “¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana!” (v. 12). Bajo la figura del rey de Tiro, Ezequiel nos dice más sobre aquel que fue creado en perfecta hermosura, pero su orgullo lo hizo sucumbir: “Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura... Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios... Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad” (Ezequiel 28:12-15).

Estos pasajes, a pesar del misterio que los envuelve, nos dicen que Satanás era un ángel glorioso cuando fue creado. La dignidad que le fue conferida prohíbe a los mismos ángeles tener una actitud injuriosa contra él (véase 2 Pedro 2:11; Judas 8-9). Las capacidades que le fueron dadas siguen siendo suyas, lo cual hace todavía más peligrosa su perversa actividad.

Su caída

La caída de Satanás –tal como su origen– es descrita de una forma velada.

Al instruir a Timoteo respecto al establecimiento de ancianos, el apóstol Pablo le dijo: Que no sea “un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo” (1 Timoteo 3:6). ¿Cuál fue, pues, esta falta, que de un ángel de gloria hizo un ser profano, vil y abominable? Los mismos testimonios de Isaías y Ezequiel citados precedentemente responden a esta pregunta: “Por cuanto se enaltecíó tu corazón, y dijiste: Yo soy un dios, en el trono de Dios estoy sentado... y has puesto tu corazón como corazón de Dios... Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra” (Ezequiel 28:2, 17).

“Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré... sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo” (Isaías 14:13-15).

A fin de seducir a nuestros primeros padres, Satanás, la serpiente antigua, les dijo: “Seréis como Dios” (Génesis 3:5). ¡Cuántas veces, desde entonces, ha susurrado al oído de unos y otros este pensamiento de orgullo, de enaltecimiento y presunción! ¡Que Dios nos conceda el discernimiento para resistir a sus insinuaciones!

¿Será en relación con la caída de Satanás que vemos el estado caótico y tenebroso del segundo versículo del Génesis? No podemos afirmarlo; pero la noción misma de tinieblas está unida al nombre de Satanás. ¡Cuántas tinieblas morales ha traído el pecado a nuestro mundo! El estado caótico de la sociedad, desde el punto de vista moral, es uno de los resultados del trabajo satánico y de sus ángeles, que tratan de hacer perder eternamente a las almas.

Su actividad en la tierra

Y el Eterno dijo a Satanás: “¿De dónde vienes?”. Y Satanás respondió y dijo: “De rodear la tierra, y de andar por ella” (Job 1:7; 2:2).

Su actividad incesante como enemigo de nuestras almas le hace ser “como león rugiente”, que “anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8). Comparado también a una serpiente, según la forma que tomó para seducir a nuestros primeros padres, obra con astucia, insidiosamente. Seducción, codicia, engañosos y mentirosos atractivos, son sus armas favoritas. Las utiliza con todos los que militan bajo su imperio, pero también con aquellos a quienes el Señor Jesús ha rescatado, para hacerlos caer en sus redes, y lamentablemente obtiene éxito con facilidad, acarreando así el deshonor sobre el testimonio del Señor y sobre el nombre de Jesús. A pesar de todo, la victoria de Jesús sobre el adversario es una victoria completa: ¡nadie puede arrebatarse de la mano del Buen Pastor a aquellos que son salvos, las ovejas de Jesús! (Juan 10:28-29). La caída en el pecado de un creyente será la ocasión de una obra de restauración, operada por el Espíritu de Dios, por la Palabra de Dios y por el oficio de nuestro divino Abogado, el Señor Jesús en persona.

La actividad de Satanás en la tierra se desarrolla de una forma creciente, en los dominios más o menos ocultos que invaden el mundo. De la astrología a la magia negra, del hinduismo al satanismo, todas las formas y las tendencias son representadas. ¡Vigilemos para no tocar estas cosas, ni de lejos ni de cerca!

Su actividad en los lugares celestiales

Aunque nos sorprenda, Satanás y sus ángeles representan además las “huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). El primer capítulo de Job nos muestra a Satanás presentándose delante de Dios, sometido a un interrogatorio divino. Es llamado “príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (cap. 2:2). Tanto Satanás como sus agentes son llamados “los gobernadores de las tinieblas” (cap. 6:12). Su función tiende a impedir que el creyente goce de sus privilegios en Cristo, a hacerle dudar de su salvación, a manchar su testimonio y a paralizar su actividad, para su propio perjuicio y el de la colectividad. El recurso puesto a nuestra disposición nos es dado en Efesios 6:10-18. “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza”. Estas son las prescripciones que allí encontramos; pero, ¿cómo realizarlas? Con las cualidades morales de justicia y de fe representadas por las diversas piezas de la armadura. Así es como Dios pone a nuestra disposición Su Palabra y la oración, instrumentos que siempre han sido y serán los más apropiados para poner en fuga al enemigo. Nuestro Salvador los utilizó tanto en la tentación en el desierto como en Getsemaní, mostrándonos que la victoria se logra en la dependencia y la obediencia.

La actividad de Satanás también se despliega en la constante acusación de los creyentes ante Dios. Esto nos es revelado en Apocalipsis 12:9-11: “Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos”. Seducción, tentación y acusación contra aquellos a quienes hace caer, he aquí la cínica labor a la que se dedica el gran enemigo de Cristo. También tiene imitadores en la tierra, porque son muchos los que obran de la misma manera. Cuidémonos para no dejarnos contagiar por tales comportamientos, lo cual es más fácil de lo que imaginamos. ¡Que la gracia de Dios nos preserve de ello!

Su destino final

El “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). “El diablo... fue lanzado en el lago de fuego y azufre” (Apocalipsis 20:10). Atado durante el reinado de mil años, el diablo será definitivamente juzgado después de su rebelión final, mencionada en Apocalipsis 20:7-9. Este terrible lugar, representado por el fuego eterno, el lago de fuego y azufre, la segunda muer-

te, fue preparado para él. Dios no destinó al hombre a este tormento; pero si como criatura inteligente y responsable opta por Satanás y no por Dios, entonces será arrastrado tras su maestro, a quien ha escogido. Sin embargo, Dios ha hecho todo para salvar a su criatura. La buena nueva de la gracia aún está vigente hoy, basta creerlo. La obra perfecta de Jesús en la cruz del Calvario es suficiente para salvar a todo el que cree. Despreciar este don del amor divino es excluirse de toda posibilidad de salvación, porque, ¿qué podría dar Dios además de su Hijo único?

Los versículos de Apocalipsis 20 citados anteriormente señalan la última fase de la historia humana. Arrastrada al pecado y a la rebelión por Satanás, desde sus orígenes, esta humanidad habrá conocido numerosas tragedias durante su existencia. Y todas son la consecuencia directa o indirecta del pecado del hombre, siendo Satanás el gran instigador. Pero dominando la escena, Dios puede obrar en Su soberanía y sacar bien aun del mismo mal, si esta es su voluntad. ¡Cuántas veces una prueba particular ha llevado a las almas al arrepentimiento y a la salvación por medio de Jesucristo!

La victoria final pertenece a Cristo, quien la ganó por medio de su muerte y su resurrección. Victoria que será plenamente manifestada cuando el último enemigo sea destruido y los nuevos cielos y la nueva tierra sean establecidos, donde habita la justicia, y de los cuales el diablo será excluido para siempre.

Conocer al hombre

¿Basta con mirarse al espejo para conocerse? ¿Basta con frecuentar a una persona para saber cómo es? Ni las cualidades naturales ni los defectos se discernen fácilmente, cuánto menos el alma humana en sus profundos recovecos, que solo ciertas circunstancias pueden sacar a la luz.

Sin embargo, Dios no ha ocultado al hombre su propio estado. Sin esperar que los acontecimientos nos revelen qué es el hombre, busquemos su imagen en la Palabra de Dios, ya que es un espejo fiel.

El origen del hombre

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó (Génesis 1:26-27).

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (cap. 2:7).

“El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo” (cap. 5:1-2).

“He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto” (Eclesiastés 7:29).

“El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay... él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra” (Hechos 17:24-26).

Independientemente de lo que el hombre haya llegado a ser en su envilecimiento, no obstante queda una criatura superior, hecha a la imagen y semejanza de Dios. La dignidad de la naturaleza humana es reconocida en la Palabra de Dios, tal como nos dice la epístola de Santiago: “Con ella (la lengua) bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios... Hermanos míos, esto no debe ser así” (cap. 3:9-10).

Al tomar esta naturaleza humana, excluyendo el pecado, Jesús demostró que lo que Dios creó es excelente. El hombre, con sus facultades físicas, mentales y espirituales, es la obra maestra de la creación. El plan de su formación fue elaborado por el consejo divino con el propósito de que fuera capaz de mantener una relación con su Creador. Sobre todo, con ese fin el hombre, única criatura terrenal que tiene tal capacidad, fue creado a la imagen de Dios. Es cuerpo, alma y es-

píritu. Su cuerpo, sacado de la tierra, vuelve al polvo, mientras el espíritu vuelve a Dios, según lo que está escrito: “Y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12:7).

La responsabilidad del hombre

Desde su creación, el hombre fue considerado responsable ante Dios, quien le asignó una función: señorear “en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:28). “Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase” (cap. 2:15). Toda responsabilidad conlleva un lado negativo y uno positivo. Lo mismo sucedió en la creación, por la prohibición formulada en relación con el árbol del conocimiento del bien y del mal. Esta responsabilidad del hombre lo sitúa de entrada en un nivel superior a todas las criaturas terrestres, porque ninguna de ellas, a excepción del hombre, tiene relaciones con Dios.

La caída del hombre

No satisfecho con lo que se le había dado, el hombre deseó lo que le había sido prohibido. Con el propósito profundo de sustraerse a su posición de dependencia respecto a su Creador, el hombre desobedeció el único mandamiento que se le formuló. Prefirió escuchar la voz mentirosa de Satanás, porque correspondía al deseo secreto, escondido en el fondo de su corazón. “Seréis como Dios”, dijo el enemigo, y llevó a nuestros primeros padres al camino del orgullo y de la rebelión, camino característico de todo hombre desde los primeros tiempos hasta nuestros días. Toda la historia de la humanidad es la demostración de lo que revela esta escena del huerto de Edén. También la sentencia divina que se pronunció entonces es demostrada por la historia humana:

“ Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron (Romanos 5:12).

En lo sucesivo, separado de Dios, convertido en pecador, el hombre fue de mal en peor; los cinco primeros capítulos del libro de Génesis nos lo muestran. Los periódicos de hoy no contradicen esta afirmación: violencia y corrupción, este es el cuadro que día a día se presenta ante nuestros ojos.

El destino del hombre

“Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?” (Isaías 2:22). ¿No existe, pues, ningún remedio? ¿Debemos perder la esperanza en el hombre?

Puesto a prueba en la inocencia, el ser humano falló. Puesto a prueba sin ley, se corrompió más allá de toda medida. Puesto a prueba bajo la ley, la transgredió tan pronto como fue establecida. Puesto a prueba bajo la gracia hoy, y bajo el reinado de la justicia mañana, demostrará cada vez más su incapacidad total para hacer frente a su responsabilidad delante de su Creador.

No obstante, Dios tiene en mente una bendición eterna para el hombre que creó a su imagen. Desde la eternidad, las delicias de su corazón estaban en los hijos de los hombres, y quería formar de ellos una familia. Él cumplirá este designio de gracia, y los siglos venideros revelarán el maravilloso consejo de su voluntad divina en aquellos que hayan sido los beneficiarios de la obra de salvación cumplida en el monte Calvario.

Sobre la base de esta obra, la misericordia divina está en actividad a favor de aquellos que miran al Dios Todopoderoso, cualesquiera que sean. La Palabra de Dios nos da varios ejemplos por medio de la historia de Job, los patriarcas y los profetas. Todas las ceremonias del culto levítico anunciaban por anticipado la obra que sería cumplida y por medio de la cual los pecados serían expiados (leer Romanos 3:24-26).

El mundo

La expresión «el mundo» tiene varios sentidos, por lo cual es necesario considerarla en su contexto para no malinterpretar lo que Dios quiere decir a este respecto.

El mundo creado

Varios pasajes de la Palabra de Dios nos hablan del mundo refiriéndose al planeta tierra, creado por el poder de Dios: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios” (Hebreos 11:3). “El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría” (Jeremías 10:12; 51:15).

En la inmensidad del universo, un punto minúsculo llamado “tierra” fue preparado en el transcurso de las eras geológicas para ser el lugar de habitación del hombre. Esta criatura inteligente y dotada de la capacidad de mantener una relación con su Creador es objeto del favor divino. Después de que el hombre se rebeló contra Dios, fue visitado por Su propio Hijo lleno de gracia:

“Palabra fiel... Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Timoteo 1:15). Maravilloso misterio del amor divino, el Hijo del Dios Todopoderoso, creador del universo, se sometió voluntariamente a las leyes físicas que nos rigen para ponerse al nivel de los que venía a salvar. “Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16).

La humanidad

El segundo sentido de la palabra “mundo” se refiere a la humanidad. Esto se expresa muy bien en las siguientes palabras de Jesús: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Efectivamente, Jesús vino para socorrer a todos los hombres. A pesar del innegable privilegio de su pueblo Israel, el amor de Dios no conoce límites de naciones, lenguas o razas. Dios amó al mundo, es decir, a toda la humanidad. Para cada ser humano, hace proclamar el Evangelio de la gracia, las buenas nuevas de salvación por medio de Jesucristo. Nuestro amado Salvador, mediante su muerte en la cruz, “es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15). Esta fue la misión inicial confiada a los primeros cristianos. A pesar de todas las amenazas recibidas, cumplieron esta misión con celo y valor. Aunque son pocas las cosas reveladas acerca de la propagación del Evangelio en aquel tiempo,

vemos a Pablo ir hasta Roma y expresar su deseo de visitar España. Otros siervos fieles fueron a África o Asia, pero Dios no juzgó oportuno hablarnos de ello. A lo largo de los siglos, el Evangelio se difundió por todo el mundo; hoy no hay lengua escrita a la que la Biblia no haya sido traducida.

Todo el mundo es invitado por el Dios de gracia: usted, yo, cada uno. ¿Cuál ha sido su respuesta?

La sociedad

En las Escrituras, el significado más frecuente de la palabra “mundo” es el que hace referencia a la sociedad humana en su sentido más amplio. Tan pronto como el pecado entró en el mundo, una familia se distinguió por su manera de organizarse excluyendo a Dios. Se trata de la familia de Caín, según el relato de Génesis 4:17-24. En esta esfera se introduce todo aquello que puede hacer la vida más agradable, tratando de borrar así la maldición debida al pecado del hombre. Este cuadro tan simple descrito en Génesis 4 corresponde perfectamente al estado del mundo actual. El jefe de esta familia es Caín, asesino de su hermano, y el desarrollo de esta sociedad converge, a pesar de las artes y la industria, en el crimen de la crucifixión del Señor Jesús.

La Escritura nos dice que “los príncipes de este siglo” crucificaron al Señor de gloria (1 Corintios 2:8). Este es el punto de partida de todo lo que caracteriza a este mundo. Desde entonces, su enemistad hacia Cristo permanece igual, y los que siguen a su Señor no están libres de ella.

Los escritos de Juan son particularmente instructivos acerca del mundo considerado bajo este aspecto, por ejemplo: Juan 7:7; 15:18-19; 17:14; 1 Juan 2:15-16; 3:1; 3:13; 4:5; 5:4-5. Todos estos pasajes resaltan la diferencia radical entre el creyente, que es llamado hijo de Dios por gracia, por la fe en la obra de Jesús, y el mundo que rechazó a Cristo y quiere organizarse sin Él. El apóstol Santiago es más incisivo al declarar: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano” (cap. 4:4-5). Pablo había dejado de lado todo lo que el mundo podía ofrecerle. Tenía por basura sus privilegios nacionales y religiosos (Filipenses 3:8); en otro pasaje dice: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14).

Formamos parte de la sociedad, y estamos ligados a ella por las obligaciones de esta vida. Dios no nos pide que nos aislemos del mundo, sino que nos mantengamos separados moralmente de él. El lugar asignado a todo el que ha sido redimido por el Señor se halla fuera del mundo, en Cristo. En la medida en que su corazón esté unido a Cristo, se hallará separado moralmente del

mundo. Esta separación, que nunca es completa ni suficiente, se produce por el efecto de la Palabra de Dios, y es llevada a cabo gracias a la intercesión de nuestro Salvador, según el ejemplo que nos da en el Evangelio de Juan capítulo 17. Todos deberíamos leer este capítulo, uno de los pasajes cumbre de las Escrituras.

El gobierno del mundo

En dos ocasiones Dios confirió al hombre autoridad en el ámbito de la creación: En Génesis 1 Dios dijo a nuestros primeros padres: “Llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread... en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (v. 28). Igualmente, después del diluvio, Dios bendijo a Noé y a su familia y entregó en sus manos todo lo que se movía sobre la tierra (cap. 9:2). Dios dio al hombre una autoridad, y para ejercerla puso en sus manos la espada (véase cap. 9:6).

Sin embargo, Satanás quería aprovechar la ocasión para usurpar un lugar que ya había codiciado. Al hacer caer al hombre en el pecado, lo puso bajo su dominio, accediendo así al dominio de este mundo. Este hecho es reconocido por el mismo Señor:

“Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí... El príncipe de este mundo ha sido ya juzgado (Juan 14:30; 16:11).

Las riendas del poder le serán quitadas a Satanás, pues mediante su muerte Jesucristo venció a tan peligroso enemigo. Pronto el triunfo del Salvador se hará manifiesto públicamente. El juicio pondrá fin al dominio del diablo sobre la creación, y la aparición gloriosa del Señor y Salvador Jesucristo establecerá un reino de justicia y paz en este mundo, del cual Satanás será excluido. El “reino de los cielos” será instaurado con poder para bendición universal. Este reino durará mil años antes de dar paso a “un cielo nuevo y una tierra nueva” donde no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, y donde la justicia habitará para siempre (véase 2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1-5).

El acceso a esta felicidad eterna será concedido a todos los que pusieron su confianza en el Señor Jesús y en su obra en la cruz. “No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27), aquellos cuyos pecados fueron lavados por la sangre de Jesús y que aceptaron el perdón ofrecido gratuitamente.

El pueblo de Israel

Aunque el pensamiento de Dios fue revelarse a toda criatura, escogió un pueblo para que recibiera esta revelación. Y lo escogió según Su propia soberanía, no debido a una calificación particular. Su historia demuestra claramente que el privilegio de ser depositario de los oráculos de Dios no requiere, de entrada, un carácter de nobleza moral.

Su origen

Entre la familia humana surgida de Noé después del diluvio, Abraham fue el primero en recibir un llamado de Dios. El conocimiento del verdadero Dios se había esfumado mezclándose con la idolatría naciente. Durante esa época el testimonio de Dios era transmitido oralmente de una generación a otra. Pese a la longevidad de la vida que permitía que seis generaciones pudieran convivir, esta transmisión oral de la Palabra requería una revelación particular de parte de Dios, así como la acción del Espíritu, para hacer posible el mantenimiento de la relación entre el hombre y Dios.

El llamado a Abraham nos muestra dos hechos de una importancia fundamental: la separación: “sal de tu tierra y de tu parentela”, y la obediencia de la fe: “ven a la tierra que yo te mostraré” (Hechos 7:3). Dios le hizo promesas sin condición alguna en relación con su descendencia. Estas promesas fueron renovadas a Isaac y a Jacob, quienes debieron esperar aún su cumplimiento en un país donde eran extranjeros. La historia de estos tres patriarcas está llena de enseñanzas, y usted podrá sacar gran provecho de ella leyendo el capítulo 12 y siguientes del libro de Génesis.

Así pues, con Abraham, Isaac y Jacob tenemos el origen del pueblo de Israel. El nombre de Israel fue dado a Jacob después de dos encuentros memorables con Dios, cuando regresaba de su exilio (Génesis 32:28; 35:10). Los doce hijos de Jacob se convirtieron en los padres de las doce tribus de Israel, cuya historia llena el Antiguo Testamento.

Su organización

Como Dios ya lo había anunciado a Abraham, los descendientes del patriarca habitarían durante mucho tiempo en un país extranjero en el cual serían sometidos a la esclavitud. Esto ocurrió en Egipto, a donde José fue llevado después de haber sido vendido por sus hermanos, y donde llegó a ser el gobernador del país. Después de llevar a vivir allí a su familia para librarla del hambre, José murió, y luego se produjo un cambio de dinastía en el país. La opresión y la esclavitud vinieron a ser la parte de este pueblo que se había hecho muy numeroso durante esos años. Entonces

Dios suscitó a Moisés, a quien la providencia divina introdujo en la corte del Faraón para que recibiera todos los conocimientos que ese pueblo poseía. Estos fueron los caminos de Dios, quien quería dotar a Israel de un libertador para conducirlo y enseñarle. También quería formar un legislador que escribiera las ordenanzas que Él le dictaría, para comunicarlas al pueblo.

El advenimiento de Moisés y la revelación que Dios le hizo en el monte Horeb delante de la zarza ardiente fueron el punto de partida de la relación de Dios con Israel. Su salida de Egipto, el sacrificio de la Pascua y la travesía del mar Rojo también forman parte de este punto de partida, visto desde el lado del hombre. Desde que la sangre del cordero pascual fue esparcida a la entrada de las casas israelitas, el pueblo fue puesto aparte para ser liberado. Una vez salido de Egipto a través del mar Rojo, fue conducido por Dios mismo para ser introducido en el país prometido a Abraham.

Un pueblo de más de dos millones de personas necesitaba tener una legislación. Pero, ¿cómo proveerla? Una vez más Dios dio a su pueblo una ley que ha quedado como un modelo en su género hasta nuestras generaciones. Nada fue dejado a la fantasía del hombre. Todo se fundamentaba sobre lo que Dios ordenó a Moisés, fuese en el monte Sinaí, fuese desde el tabernáculo del testimonio. Sea para el culto o para la vida corriente, las enseñanzas siempre son comunicadas por Dios.

Su destino

El pensamiento de Dios en relación con su pueblo fue comunicado a Abraham, recordado a Moisés y confirmado ininidad de veces por los profetas. Fue el tema de la alabanza de Israel ya en la orilla del mar Rojo: “Tú los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad, en el lugar de tu morada, que tú has preparado, oh Jehová, en el santuario que tus manos, oh Jehová, han afirmado” (Éxodo 15:17). Este pensamiento consistía en morar en medio de su pueblo y en que este fuera totalmente feliz en torno a Él. Para hacer posible el cumplimiento de este designio de amor, Dios utilizó todos los medios, hasta el de enviar a su propio Hijo, pero todo fue en vano. La ley fue violada, los profetas no fueron escuchados y el Hijo fue llevado a la muerte. ¿Qué queda, pues? ¿Cumplirá Dios sus promesas? La constante rebelión de su pueblo, ¿hará que sus pensamientos cambien en relación con él? La única respuesta a estas preguntas reside en la misericordia divina, tal como leemos en Romanos 11:29-32: “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios. Pues como vosotros también en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos (Israel), así también estos

ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia. Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos”.

El profeta Miqueas ya lo declaró al final de su mensaje: “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia. Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados. Cumplirás la verdad a Jacob, y a Abraham la misericordia, que juraste a nuestros padres desde tiempos antiguos” (Miqueas 7:18-20).

Sí, Dios bendecirá a su pueblo cuando ellos se vuelvan al Señor, a quien crucificaron, y cuando con profunda humillación confiesen su crimen (véase Zacarías 12:10-14). El Señor Jesús aparecerá en gloria delante de las miradas sorprendidas del residuo futuro que le dirá:

“ ¿Qué heridas son estas en tus manos? Y él responderá: Con ellas fui herido en casa de mis amigos (Zacarías 13:6).

Entonces el reino de justicia y paz será establecido, reino por el cual el mundo entero suspira, el que conducirá a Israel a disfrutar finalmente de las promesas hechas a Abraham cuatro mil años antes.

El privilegio de este pueblo

Actualmente Israel se halla en estado de desgracia. El profeta Oseas ya lo anunció al decir: “Ponle por nombre Lo-ruhama, porque no me compadeceré más de la casa de Israel... Ponle por nombre Lo-ammi, porque vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios” (Oseas 1:6, 9). Sin embargo, este estado no impide que la bondad de Dios se manifieste siempre hacia aquel que se vuelve a Él, sea judío o gentil. La reanudación de las relaciones privilegiadas de Dios con Israel solo tendrá lugar más tarde, cuando la Iglesia se haya completado y todos sus miembros estén reunidos, judíos y gentiles:

“

Ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo... Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios (Romanos 11:25-29).

Este pueblo, puesto bajo el gobierno de Dios a causa de su desobediencia, sigue siendo, no obstante, un pueblo privilegiado: “¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿O de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios” (Romanos 3:1-2). Y también dice de Israel: “De los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:4-5).

Las profecías concernientes a Israel llenan la Palabra de Dios. Fueron pronunciadas desde los tiempos antiguos, sea por Dios mismo cuando se dirigió a los patriarcas, por Jacob en el magnífico capítulo 49 de Génesis, o por Balaam en los capítulos 23 y 24 de Números, donde leemos entre otras cosas: “He aquí un pueblo que habitará confiado (solo), y no será contado entre las naciones” (Números 23:9). El hecho de que este pueblo haya guardado su propia identidad, a pesar de su dispersión por todo el mundo y las innumerables persecuciones que ha sufrido, sigue siendo un misterio y demuestra la verdad de la Palabra de Dios. Esta “nación tirada y despojada... un pueblo terrible desde su principio y en adelante, una nación medida y hollada” (Isaías 18:2, V. M.), así es Israel en el tiempo actual. Es maravilloso leer numerosas veces en la Biblia descripciones proféticas escritas hace más de 2.000 años referentes a Israel y que corresponden exactamente a lo que le ocurrió, lo que le sucede hoy y lo que le sucederá.

La característica de este pueblo judío, que ha atraído sobre sí el odio y que ha suscitado la envidia entre sus vecinos, corresponde exactamente a su historia tal como nos es revelada en la Palabra de Dios. Está ciego en cuanto a Cristo y bajo el imperio del potente seductor que ha oscurecido su corazón; pero cuando el pueblo judío se vuelva al Señor y humillado reconozca al que crucificaron, entonces tendrá lugar su plena restauración. Este pueblo industrioso sacará provecho de todo lo que habrá adquirido en el tiempo de su dispersión y, elevado entonces a la cabeza de las naciones, hará beneficiario al mundo de los potentes medios de los cuales dispondrá (véase Números 24:5-7; Deuteronomio 28:1-14; Isaías 60:1-61:9).

Las tribulaciones de Israel

Ya en Egipto los hijos de Israel conocieron la tribulación. Cuando se levantó en el país un nuevo Faraón que no había conocido a José, sometió a esclavitud a los israelitas, quienes a sus ojos se habían vuelto un pueblo numeroso. Al decretar la muerte de todos los recién nacidos varones, creyó que destruiría a esta raza que le importunaba. Más allá del Faraón discernimos a Satanás mismo haciendo todos los esfuerzos posibles para invalidar la promesa que Dios había hecho a Eva en relación con su simiente, la cual heriría la cabeza de la serpiente. Satanás repitió sus esfuerzos muchas veces hasta la masacre de los niños de Belén, pero Dios no permitió el cumplimiento de estos designios diabólicos.

Otra de las astucias de Satanás fue seducir al pueblo de Dios y conducirlo a rebelarse contra Dios. Al atraer sobre él el justo gobierno divino, quizá pensaba que Dios abandonaría a este pueblo rebelde. A menudo, en efecto, desde la travesía del desierto hasta la deportación a Babilonia, cayeron severos castigos sobre Israel. No obstante, Dios siempre dio curso a su misericordia, obrando a causa de su nombre, “para que no se infamase ante los ojos de las naciones” (Ezequiel 20:9, 14, 22).

El rechazo del Mesías por parte de Israel y la muerte de Jesús atrajeron sobre ese pueblo un terrible juicio. Jerusalén fue saqueada y sus habitantes fueron dispersados entre las naciones como consecuencia directa del crimen del Calvario. Desde hace casi 2.000 años, el pueblo judío ha sufrido tribulaciones que ninguna otra nación ha conocido. Los «ghettos» (barrios donde eran confinados los judíos), los campos de exterminio y las cámaras de gas están en la memoria de muchos. Satanás está detrás de la escena, no lo dudemos, ya que su propósito siempre es impedir el cumplimiento de los propósitos divinos, los cuales se cumplirán para la gloria del Señor y Salvador Jesucristo, para la plena restauración de Israel y la bendición universal. Hasta que esto ocurra, habrá todavía un terrible tiempo de prueba para los judíos:

Tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado



(Jeremías 30:7).

Esta tribulación sin precedentes, limitada a tres años y medio, es anunciada por los profetas, por el Señor Jesús y por los apóstoles, y acabará con el advenimiento glorioso del Señor y la destrucción del anticristo.

Este siniestro personaje, que se presentará como Dios y actuará en su propio nombre, será recibido por la nación apóstata y muchos le seguirán en su error. Sin embargo, un residuo fiel permanecerá unido a su Dios, y esperará vigilante la venida del Señor. Este grupo, preservado en medio de este terrible período, es representado por los 144.000 sellados de Apocalipsis 7, quienes formarán el núcleo del Israel futuro y la raíz de este nuevo pueblo que será una bendición en medio de la tierra, bajo la protección del Rey de gloria.

La Iglesia

La Iglesia o Asamblea se menciona por primera vez en el evangelio de Mateo, donde el Señor Jesús declara: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia” (Mateo 16:18). La Iglesia, mencionada también en el capítulo 18 del mismo evangelio, es vista como una autoridad a la cual hay que acudir para cualquier litigio, pero esta autoridad le es conferida únicamente cuando cuenta con la presencia del Señor en medio de ella, según el versículo 20: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Volveremos a este tema un poco más adelante y veamos primeramente lo que es la Iglesia según la Palabra de Dios.

Su fundamento

El versículo citado en Mateo 16:

Sobre esta roca edificaré mi iglesia,

“

nos enseña que el Señor Jesús mismo es el constructor. El edificio debía construirse aun cuando Pedro hizo esta preciosa declaración: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (v. 16). El fundamento sólido sobre el cual reposaría la construcción era así dejado muy en claro por las palabras del apóstol, y él mismo fue designado por el Señor para reunir los primeros elementos de esta Iglesia y establecerlos sobre la roca inquebrantable, que no puede ser otro que Jesucristo. El apóstol Pablo también pudo decir: “Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento... Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3:10-11).

Los apóstoles fueron empleados por Dios para poner el fundamento. La epístola a los Efesios, cuyo tema principal es la unión de Cristo con la Iglesia, dice: “Sois... conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (cap. 2:19-20). La Iglesia, basada sobre Cristo y construida por él, no es una organización humana, y mucho menos un edificio que sirve de lugar de culto.

¿Quién es miembro de la Iglesia?

Al principio del libro de los Hechos vemos que

“ El Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (cap. 2:47).

No es la Iglesia la que recluta a sus miembros, ni tampoco la que busca adeptos: es Jesús mismo quien toma pecadores salvados por gracia y los añade como piedras vivas a este edificio en formación: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual” (1 Pedro 2:5). Desde el momento en que un alma se vuelve hacia el Salvador y cree en su obra redentora, pasa a formar parte de la casa de Dios, la Iglesia del Dios vivo. Quizá lo ignora, por falta de enseñanza a este respecto, pero eso es lo que el Señor ha querido hacer para sus redimidos.

Este edificio espiritual aún se halla en construcción, pero está a punto de terminarse, porque pronto el Señor vendrá a buscar a sus rescatados para reunirlos en la casa del Padre. Ninguno de ellos será olvidado; pero nadie formará parte de estos bienaventurados si antes no ha respondido al llamado de gracia del Salvador, aunque haya sido miembro de una organización eclesiástica en esta tierra.

¿Qué papel desempeña la Iglesia en la tierra?

“No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”, dijo Jesús a su Padre, y añadió: “Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (Juan 17:16-18). De ahí resulta que la posición de la Iglesia en la tierra tiene doble aspecto: es extranjera, porque su carácter es celestial, pero está aquí para dar testimonio a la verdad del Evangelio. Algunos creyentes, al no haber comprendido esto, se han encerrado en claustros, mientras otros se han metido en la política de este mundo. El creyente debe separarse moralmente de este mundo, ya que es responsable de realizar las funciones de testigo y de servir al Señor, sea en relación con los no creyentes o en el seno de la misma Iglesia.

En diferentes porciones de la Palabra de Dios, la Iglesia es comparada con un cuerpo constituido por todos sus miembros. El Espíritu de Dios es la potencia vital que anima a cada uno de estos miembros a cumplir una función particular, semejante a los diversos miembros y órganos del cuerpo humano. “Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso” (1 Corintios 12:18). Unos tienen una actividad visible, otros escondida. Unos desempeñan su papel en el exterior del cuerpo, otros tienen funciones internas; las más importantes no son necesariamente las que se ven, sino que cada uno cumple su función donde Dios lo ha colocado.

Así ocurre con la Iglesia de Dios y con cada uno de sus miembros. A pesar de la ruina de su aspecto exterior, la Iglesia cumple aún su función en este mundo. Por medio de la propagación del Evangelio, de las ayudas aportadas a los necesitados, la oración y la intercesión en favor de todos los hombres, cada miembro del cuerpo de Cristo contribuye al testimonio de Dios en la tierra.

La iglesia local

Cuando la Palabra de Dios fue escrita, había asambleas formadas en distintas localidades. El apóstol Pablo fue el medio utilizado para constituir diferentes iglesias a lo largo de sus viajes por Asia y Europa. Cuando escribió sus cartas, las dirigió a ellas, reconociéndoles el título de asambleas de Dios. Estas iglesias tenían la responsabilidad en la ciudad donde habían sido establecidas, y representaban allí el testimonio del Señor, para lo cual debían hacer brillar la luz. El número de miembros nunca fue indicado, y aunque hubiesen sido dos o tres, la sola presencia del Señor en medio de ellos les confería el valor de iglesia o asamblea.

Algunos desórdenes fueron introducidos en varios lugares, y el Espíritu de Dios condujo a los apóstoles a escribir diferentes epístolas para enseñarnos cómo debemos comportarnos a este respecto. También vemos cómo era reconocida la autoridad apostólica, y cómo se restablecía la comunión cuando sus enseñanzas eran escuchadas. Actualmente los apóstoles ya no están aquí, pero sus escritos permanecen y forman parte de la Palabra de Dios, única referencia para resolver nuestras dificultades.

En los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, el mismo Señor Jesús envía cartas a siete asambleas de Asia. Cada una de estas iglesias tenía su propia responsabilidad local; el Señor también declara a cada una: “Yo conozco tus obras”. Las censuras dirigidas a cinco de ellas toman el aspecto de amenaza cuando les dice: “Quitaré tu candelero de su lugar” (cap. 2:5), o: “Te vomitaré de mi boca” (cap. 3:16). Cada una de ellas es invitada a arrepentirse, y recibe una promesa si escucha la advertencia.

Aquí vemos que la iglesia local es reconocida en su propia responsabilidad y que está formada por todos los verdaderos creyentes que se encuentran en una localidad. La realización concreta de esto no duró mucho tiempo sin que se introdujeran profundos errores que condujeron a la extinción progresiva de la lámpara del testimonio colectivo. No obstante, queda una posibilidad, pues el Señor es fiel a su promesa. Cuando algunos creyentes se reúnen en el nombre de Jesús fuera de toda organización humana, en obediencia a la Palabra y bajo la dirección del Espíritu, entonces son la expresión visible de la Iglesia de Dios en esa localidad.

El destino de la Iglesia

“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa” (Efesios 5:25-27).

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (Juan 17:24).

Esta Iglesia adquirida por Jesús al precio de sus sufrimientos le es dada por el Padre para que esté siempre con él y sea el objeto de su corazón. A menudo se emplea la imagen de una esposa, tanto en los tipos (las figuras) del Antiguo Testamento como en la revelación del Nuevo. Apocalipsis 19:7-9 describe las bodas celebradas en el cielo, que consagrarán la unión indisoluble de Cristo con su Iglesia eternamente.

El Señor busca en los corazones de los que le pertenecen sentimientos de amor que respondan a los suyos. El deseo de sus almas cuando corresponde al de Jesús les lleva a decir juntos, conducidos por el Espíritu: “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).

“ Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven
(Apocalipsis 22:17).

La profecía

Para empezar debemos distinguir diversos aspectos de la profecía, a fin de evitar errores al interpretarla. El propósito de la profecía siempre es hablar al corazón y a la conciencia, advertir, animar y consolar.

Estos diversos aspectos pueden ser resumidos así:

- a) Las palabras dirigidas **a Israel**, algunas de las cuales ya se han cumplido y otras lo serán en el futuro, aunque haya podido tener lugar un cumplimiento parcial.
- b) Las palabras dirigidas **al mundo**, sea a cada individuo personalmente, a una nación en particular o al conjunto de todos los pueblos.
- c) Las palabras **concernientes al Mesías**, a sus sufrimientos y su muerte, por una parte, y a su gloria y a su reinado, por la otra.
- d) La **parte histórica de las Santas Escrituras** que también tiene un sentido profético, menos fácil de discernir, pero que a menudo nos muestra los propósitos de Dios para con su pueblo o para con el mundo.

La fuente de la profecía

“El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua” (2 Samuel 23:2).

“

Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo
(2 Pedro 1:21).

Dios quiso mostrar al hombre el sentido y el propósito de los acontecimientos futuros, utilizando diversos medios para comunicar su pensamiento, sea por medio de un sueño o visión, o por revelación directa en una especie de conversación amistosa. Abraham es un ejemplo de ello (Génesis 15:1-16; 17:1-22; 18:1-33). Moisés también fue introducido en esta dulce proximidad con Dios para recibir la comunicación de sus pensamientos. Tanto él como Abraham fueron llamados amigos de Dios. “Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios” (Santiago 2:23). “Jehová hablaba con Moisés cara a cara, cual suele hablar un hombre con su amigo” (Éxodo 33:11, V. M.).

En ocasiones Dios se manifestó por medio de un ángel, como en el caso de Daniel, Ezequiel y también con el apóstol Juan al mostrarle las visiones del Apocalipsis. Sin embargo, lo más normal era que la voz de Dios fuera dirigida a un profeta que la proclamaba o escribía para comunicarla al pueblo.

El escenario de la profecía

Dios, desde los días de Abraham, escogió un pueblo para que fuera su testigo en la tierra. Estableció con él una alianza perpetua e incondicional, garantizada por la fidelidad de las promesas de Dios. La alianza de Sinaí, la ley, concedida 430 años más tarde, no anuló las promesas anteriores, si bien la rebelión del pueblo obligó a Dios a aplazar su cumplimiento. Fue necesaria la obra de Jesús, su muerte en el Calvario y su resurrección, para hacer realizables las promesas divinas a pesar del pecado del hombre, ya que este pecado fue llevado por Jesús en la cruz.

Dios tiene en vista, pues, la restauración de su pueblo, su arrepentimiento, su humillación y su bendición final. La palabra profética hace referencia a todo esto. Además del pueblo de Israel, todas las demás naciones participarán de esta bendición prometida, pero solo después de haberse humillado y reconocido su pecado, cuando se vuelvan hacia el Rey de reyes y Señor de señores.

“ He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él (Apocalipsis 1:7).

“Asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca” (Isaías 52:15).

El escenario de la profecía es, pues, Israel: “Porque la porción de Jehová es su pueblo; Jacob la heredad que le tocó” (Deuteronomio 32:9). Las palabras que Dios dirige a las naciones están relacionadas con Israel, porque con él todos los pueblos participarán de las bendiciones anunciadas por el Mesías.

El objeto central de la profecía

Desde la primera promesa dada por Dios al hombre, Jesucristo siempre aparece en ellas: “Esta (la simiente de la mujer) te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”, dijo Dios a Satanás (Génesis 3:15). A lo largo de la historia del pueblo de Israel, Dios mostró por medio de tipos, figuras y también mediante declaraciones directas, que el Mesías estaba en el centro de sus pensamientos. Un Mesías glorioso, potente Redentor para su pueblo y para toda la tierra, pero también un Mesías sufriente, rechazado por los suyos y llevado a la muerte. La porción más signifi-

cativa en relación con esto se halla en el capítulo 53 del profeta Isaías; allí vemos el nacimiento del Salvador en las más humildes condiciones, su vida, sus sufrimientos, incomprendido y menospreciado por todos, su muerte bajo el juicio de Dios, su sepultura, su vida más allá de la tumba y su glorificación. También hay varios salmos que hablan de sus sufrimientos y de su gloria.

Citemos algunos de los pasajes concernientes al Señor Jesús: su nacimiento de una virgen (Isaías 7:14), su exaltación a la diestra de Dios (Salmo 110:1), los cuales describen a Aquel que desde siempre es el centro de los consejos divinos. El Apocalipsis, como principal profecía del Nuevo Testamento, proclama la gloria del Hijo del Hombre, Jesús, el Cordero de Dios. Desde el primero hasta el último capítulo le vemos como el primero y el último, el principio y el fin (véase 1:17; 22:13).

El propósito de la profecía

Cuando los discípulos de Jesús le preguntaron acerca de los acontecimientos futuros: “Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo? Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe” (Mateo 24:3-4). Y a continuación les dio una serie de detalles concernientes a las tribulaciones que el pueblo judío deberá sufrir, pero terminó su discurso repitiendo:

“ Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor (v. 42).

Dios no quiere que ignoremos las cosas que han de suceder, para que nos ejercitemos en la vigilancia. El efecto de la palabra profética sobre nuestras almas debe ser saludable, que produzca el arrepentimiento para la salvación de todo aquel que aún no ha abierto su corazón al amor del Salvador, y que provoque un efecto santificante en el andar del cristiano.

La profecía, teniendo como perspectiva la gloria del Señor Jesucristo, acercará nuestros corazones a su Persona y acrecentará en nosotros el deseo de verle. La promesa de su venida nos hará llamarle con fervor: “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).

El período actual no representa el cumplimiento completo de las profecías, ya que estas reanudarán su curso al finalizar la historia de la Iglesia en la tierra. Sin embargo, ya podemos discernir el desarrollo de los elementos necesarios para su cumplimiento, lo que demuestra la inminencia de la venida del Señor para tomar a los suyos con Él. En efecto, el Señor Jesús nos ha dejado esta promesa: “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que

donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3). El apóstol Pablo también lo confirma: “Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor... Porque el Señor mismo... descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:15-17). Esta esperanza era muy real en el corazón de los cristianos de Tesalónica, pues el apóstol da testimonio diciendo que ellos se convirtieron “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1 Tesalonicenses 1:9-10).

Estar atentos a la profecía es de gran provecho; el apóstol Pedro dice que ella es “como una antorcha (lámpara) que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2 Pedro 1:19). Este lucero de la mañana, Cristo mismo, esperanza celestial, iluminará nuestros corazones con sus rayos reconfortantes y nos conducirá a clamar juntamente con el Espíritu: “Ven” (Apocalipsis 22:16-17).

La realización o el cumplimiento de la profecía

Por la fe sabemos que no es necesario que se cumplan estas cosas para poner nuestra confianza en la Palabra de Dios. No obstante, Dios ha juzgado oportuno relatar algunas profecías que se cumplieron según el anuncio profético que Él había hecho. Con tres ejemplos será suficiente para demostrarlo:

– En Génesis 15 Dios dijo a Abraham que sus descendientes morarían en un país extranjero durante 400 años, donde serían oprimidos hasta que salieran de él con grandes bendiciones para habitar en Canaán. El principio del libro del Éxodo confirma esta profecía.

– En Jeremías 29:10-14 Dios comunicó a los cautivos de Babilonia que un período de 70 años había sido determinado para que los reyes caldeos pudieran ejercer su poder, pero que, a continuación, el pueblo podría volver a su tierra. Efectivamente, transcurrieron 70 años desde el principio del reinado de Nabucodonosor hasta que Ciro proclamó el edicto que invitaba al pueblo judío a regresar a Palestina.

– Unos 730 años antes de Cristo, Isaías profetizó el nacimiento del Mesías. En el capítulo 7:14 anuncia su concepción en el seno de una virgen y le da el nombre de Emanuel (Dios con nosotros). Al principio del capítulo 9 dice que aquel país será visitado por el Mesías; en el capítulo 11

encontramos que este Mesías es un descendiente de Isaí; en el capítulo 53 ya citado, menciona que su muerte fue “con los ricos”, aunque fue contado con los pecadores. Todos los evangelios demuestran la exactitud de estos testimonios.

Si las profecías que han tenido cumplimiento lo han sido con una fidelidad perfecta, lo mismo ocurrirá con las que aún deben cumplirse. Hay varios detalles que todavía no son tan claros para nosotros hoy. La manera de actuar de Dios será conocida por los que vivan entonces, ya que “la ciencia se aumentará”, y “los entendidos comprenderán” (Daniel 12:4, 10). El mismo Daniel no comprendió lo que le fue anunciado. No tenía necesidad de ello, y Dios se lo dice. Cuando los acontecimientos se produzcan, el Espíritu de Dios mostrará claramente a los cristianos que vivan en esos días, que ellos corresponden a las profecías, por lo cual no tendrán ninguna dificultad para interpretar su sentido exacto en todos sus detalles. A nosotros nos basta conocer el cuadro general de las profecías para no dejarnos extraviar por falsas interpretaciones. Esperamos al Señor, su venida es inminente para arrebatarnos a su Iglesia. Entonces los acontecimientos proféticos volverán a tomar su curso, y ninguno de los verdaderos creyentes estará en la tierra para presenciárselo. Una gran angustia caerá sobre los que no hayan respondido al llamado del Salvador, por eso les suplicamos: ¡abran sus corazones al Evangelio antes de que sea demasiado tarde!

“He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Corintios 6:2).

Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones
(Hebreos 3:7-8).



La muerte

Si hay algún tema que nos gustaría evitar, es este. Algunos dirán: ¿Aprender a conocer la muerte? ¡Aún será demasiado pronto cuando se presente! No obstante, siempre está presente a nuestro lado. Pero es la de los demás... ¿Nos ilusionaremos pensando que siempre será la muerte de los otros? ¿No es preciso dar la cara y pensar seriamente en este hecho ineludible? Y, ¿cómo podemos saber lo que es la muerte si no es a través de la Palabra de Dios, por medio de Aquel que entró en ella y salió como glorioso vencedor?

Su origen

“ El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron (Romanos 5:12).

La consecuencia del pecado del hombre es la muerte, como está escrito: “Porque el día que de él comieres (del árbol de la ciencia del bien y del mal), ciertamente morirás” (Génesis 2:17). Inducidos por Satanás, nuestros primeros padres transgredieron el único mandamiento que les fue dado. Su muerte fue primeramente de orden moral, y luego física, pues, ¿qué es la vida sino la relación de la criatura con su Creador? Desde la ruptura de esta relación, la muerte ha sido la parte del hombre. Satanás inauguró este dominio con su propia caída. Su deseo era arrastrar al hombre para poder dominarle. La Biblia nos lo declara al hablar de aquel “que tenía el imperio de la muerte”, esto es, el diablo (Hebreos 2:14). En un lenguaje simbólico, el Señor Jesús habla de Satanás y lo describe como el hombre fuerte armado que guarda su palacio, pero viene otro más fuerte que él, el Señor Jesús, “y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín” (véase Lucas 11:21-22); esto hace alusión a su propia muerte y resurrección, por medio de la cual triunfó sobre el enemigo.

Tal como lo hemos visto, la muerte tiene su origen en el pecado del hombre, y los estragos que ha ocasionado y ocasiona aún hicieron llorar a nuestro Salvador. En efecto, ante la tumba de Lázaro de Betania, Jesús “se estremeció en espíritu y se conmovió... Jesús lloró” (Juan 11:33-35). El sentido profundo del verbo estremecerse es la expresión de la gran pena, mezclada con indignación, producida en el alma del Señor al ver el poder de la muerte sobre el espíritu del hombre. La muerte es “la paga del pecado” (Romanos 6:23); en ella penetró el alma de nuestro amado Sal-

vador y Señor cuando “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). Esta obra de la cruz es la respuesta de Dios al desafío de Satanás; mediante ella Jesús “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10).

La muerte tal como era considerada por los creyentes antes de Jesucristo

Aparte de la repetición fúnebre: “y murió”, del capítulo 5 de Génesis, repetición interrumpida con Enoc, quien fue arrebatado para no ver la muerte, después de andar con Dios durante 300 años, el principio de la historia del hombre muestra que la muerte es el fin ineludible de su camino terrenal. A partir de Abraham encontramos el relato de los patriarcas que habían puesto su confianza en Dios. Su deseo de descansar en la cueva de Macpela, en el país de la promesa, deja entrever su fe en la resurrección. La epístola a los Hebreos nos dice que Abraham murió creyendo, pues “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (cap. 11:10). Es un final tan glorioso como el de Jacob: “Adoró apoyado sobre el extremo de su bordón” (cap. 11:21).

Moisés, Josué, Samuel y David hablaron de su muerte con gran serenidad. Eran conscientes de haber cumplido el trabajo que Dios les había encomendado, a pesar de las inevitables flaquezas, y les fue concedida una profunda paz interior. Su fe les permitió discernir las cosas venideras, y sus últimas palabras son ricas en enseñanzas proféticas. Pero no siempre ocurrió lo mismo. Ezequías, entre otros, puso en evidencia el oscuro velo que escondía el más allá; en su oración descrita en el capítulo 38 de Isaías dice: “Ya no veré más hombre con los moradores del mundo... ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad” (v. 11, 18). Fue preciso que el Señor Jesús viniera y nos enseñara para despejar un poco este oscuro velo, y que después el Espíritu Santo, por medio de los apóstoles, nos diese una idea más clara sobre este misterioso más allá.

La muerte para el cristiano

Si bien el Señor Jesús entreabrió un poco la puerta del más allá en la parábola del rico y Lázaro (Lucas 16:19-31), los apóstoles tuvieron la oportunidad de revelar más plenamente lo que concierne a este asunto. Ya en la parábola de Lucas 16 vemos una distinción absoluta entre el lugar de bendición del rescatado y el lugar de tormento del malo. Es el hombre, durante su vida, quien debe escoger; la Palabra de Dios le indica cuál es el medio de salvación. A partir del cumplimiento de la obra de la cruz, la revelación fue mucho más clara. Ya en el Calvario el Señor Jesús declaró al malhechor arrepentido:

De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso



(Lucas 23:43).

Al ver que su vida terminaba, el apóstol Pablo escribió: “Quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (2 Corintios 5:8), y también: “Morir es ganancia... teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:21-23). El cuerpo vuelve al polvo y se desintegra con el tiempo, pero el alma que lo habita vuelve a Dios, pues su existencia no depende de la materia. El Eclesiastés (Predicador) ya había dicho: “El hombre va a su morada eterna... y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12:5, 7).

Muchos creyentes fueron lúcidos hasta el último suspiro. A los que presenciaron su partida, el haber visto sus rostros iluminados por el gozo y el haberlos oído pronunciar “Señor Jesús”, como últimas palabras, los consuela y reconforta sus corazones, pues piensan en la posición bendita de quienes ya no están más con ellos.

La muerte, separación del alma y del cuerpo, no es más que un paso, un estado transitorio. La Palabra de Dios afirma enérgicamente la verdad de la resurrección, previendo sobre todo la de los creyentes; pero este tema se tratará en el próximo estudio.

La muerte para el incrédulo

El destino definitivo del hombre pecador que no se haya vuelto a Dios antes de su muerte ya ha sido fijado, pero no se le introducirá allí hasta el cumplimiento del último juicio descrito en Apocalipsis 20:12-15. Mientras el hombre viva en la tierra tiene la posibilidad de arrepentirse y ser salvo, pues aún hoy se le invita con insistencia: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3:7-8). Dios no se complace en la muerte del pecador, sino en su perdón y su salvación. Él pagó la reconciliación al dar a su propio Hijo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Creer en su Palabra, recibir su perdón, decir sí a Dios, no es difícil, y es suficiente para obtener la salvación. ¿Quién osaría rehusarla?

En la parábola ya citada de Lucas 16, desde su muerte el rico está en un lugar de tormento, y es consciente de lo que ocurrirá con sus cinco hermanos que aún viven, si no escuchan la Palabra de Dios. Los pecadores, cuando mueran, serán separados para siempre de Dios, de quien no quisieron saber nada mientras vivían; esperarán la resurrección que les conducirá ante el trono del juicio, donde su parte serán los tormentos representados por “el gusano” que “no muere, y

el fuego” que “nunca se apaga” (Marcos 9:44), y donde sentirán la desesperación de su destino eterno. La compañía de Satanás, aquel que les habrá arrastrado, no hará más que aumentar su tormento. Por cuanto es verdad que la dicha solo puede ser disfrutada con Dios, mientras que Satanás no puede dar nada al alma que le escucha.

Estas lúgubres consideraciones nos hacen estremecer, pero son la verdad revelada en la Palabra de Dios. Quiera Dios que ellas nos muevan a redoblar nuestros esfuerzos para proclamar el Evangelio de la gracia de Dios, mientras la puerta de la salvación aún esté abierta. Y que también hagan sentir temor a todo aquel que, hasta el día de hoy, haya mantenido cerrado su corazón al llamado de Jesús.

La muerte será abolida

El postrer enemigo que será destruido es la muerte



(1 Corintios 15:26).

“Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda” (Apocalipsis 20:14).

Un lugar definitivo, lejos de la mirada de Dios, ha sido preparado para el diablo y sus ángeles (véase Mateo 25:41). Todo lo que fue introducido por el príncipe de las tinieblas le seguirá a este lugar oscuro, para que el nuevo dominio instaurado por Jesús sea establecido eternamente. “Y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas” (Apocalipsis 21:4-5).

El reino eterno de nuestro Señor Jesucristo, anunciado por él mismo durante su ministerio e introducido moralmente por su obra en la cruz y por la proclamación del Evangelio, será establecido en gloria en el momento de la aparición de Cristo. Bajo su carácter terrenal, tendrá una duración de mil años (Apocalipsis 20). Durante este período bendito, la muerte golpeará aún a los rebeldes. Al final de estos mil años, cuando todas las cosas sean sujetas al Hijo de Dios, entonces el reino será devuelto a Dios el Padre para que, en la bienaventurada eternidad, Dios sea todo en todos (véase 1 Corintios 15:24-28). En su aspecto definitivo inmutable, este reino eterno no contará con nada que pueda oponerse al pleno gozo divino. Reposará en su amor y se complacerá por la dicha de aquellos a quienes su corazón amó desde antes de la fundación del mundo, y por los cuales sacrificó a su santo Hijo en el Gólgota.

“A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad” (2 Pedro 3:18).

La resurrección

“ Dios, nuestro Dios ha de salvarnos, y de Jehová el Señor es el librar de la muerte (Salmo 68:20).

Si bien la verdad de la resurrección ya se menciona en el antiguo pacto, su revelación plena nos es dada en el Nuevo Testamento. Su sentido se deja entrever en varios pasajes del Antiguo Testamento, y era comprendido por la fe del corazón del fiel. Job lo percibe cuando dice: “Y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro” (Job 19:26-27).

Las primicias, Cristo

En la Escritura se mencionan varios casos de resurrección, y todos conciernen a personas a las que se ha devuelto la vida por un tiempo. Estos casos solo han sido una demostración del poder de vida que hay en Dios. Pero salir de la muerte para no volver a ella y no estar más sujeto a las circunstancias de la existencia terrenal, esto es la verdadera resurrección. Nadie participó de ella antes que nuestro querido Salvador. “Para que en todo tenga la preeminencia” (Colosenses 1:18). Por medio de su muerte, Jesús triunfó sobre el príncipe de la muerte, y a través de ella sitió esta fortaleza inexpugnable, apoderándose de sus llaves. “Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apocalipsis 1:17-18). La resurrección de nuestro Salvador es la demostración clara de su victoria sobre Satanás y sobre el poder del pecado. No es de extrañar, pues, que el diablo haga todos los esfuerzos posibles para negar esta verdad. Pero ella es la llave principal del Evangelio, así como el fundamento del mismo.

Nos han sido dadas numerosas e irrefutables pruebas que testifican la resurrección de Jesús: la tumba vacía, el testimonio de las mujeres que acudieron allí, el de los apóstoles que vieron a su Maestro en varias ocasiones, el testimonio de los guardas que fueron comprados para que divulgasen una mentira grosera. Todos concuerdan en afirmar con la Palabra:

“ Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho (1 Corintios 15:20).

Dos resurrecciones

“ Ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos
tos
(Hechos 24:15).

“Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:28-29). Ya Daniel declara: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (cap. 12:2).

El Apocalipsis lo precisa más diciendo: “Vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre estos” (Apocalipsis 20:4-6).

El pensamiento de una resurrección general seguida de una selección que ponga a los justos a un lado y a los condenados a otro es originado por la falsa interpretación de los versículos 31-46 de Mateo 25. En este pasaje se trata del juicio separador que inaugurará el establecimiento del reino de Cristo. Las naciones del mundo serán juzgadas según su actitud frente a los mensajeros del rey, si los han recibido o no. Mientras que, en el juicio final, únicamente los muertos vueltos a la existencia después de una estancia tenebrosa aparecerán delante del trono para ser juzgados según sus obras. Observemos la expresión “muertos”, aunque hayan tomado parte en la resurrección del juicio. Sin Cristo todo es muerte.

La resurrección de vida

“Los que son de Cristo, en su venida” (1 Corintios 15:23); esta expresión designa a todos los que se habrán beneficiado con la obra que Jesús hizo en la cruz, la cual también incluye a los creyentes del antiguo pacto, ya que son salvos en virtud de la sangre de Cristo, cuyo valor les ha sido imputado por anticipado. Su resurrección los conducirá a la perfección, según la expresión del último versículo de Hebreos 11. Durante su vida alimentaron esta esperanza, pues tenían la certeza de ella (ver Job 19, ya citado, y David en el Salmo 17:15).

La fe en la resurrección iba acompañada de mucha ignorancia, ya que la revelación aún no había sido dada. Marta, después de la muerte de su hermano Lázaro, cuando el Señor le dijo: “Tu hermano resucitará”, le respondió: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”, expresando de esta manera la idea general admitida por los judíos creyentes. Entonces Jesús le reveló algo que aún hoy reconforta a los que están de luto:

“ Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente (Juan 11:23-26). ”

Cuando el Señor Jesús venga a recoger a los suyos, llamará a los que duermen en la tumba, como antaño llamó a Lázaro: “Clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió” (Juan 11:43). Este acontecimiento extraordinario tendrá lugar juntamente con la transmutación de los vivos que, a imagen de Enoc, serán arrebatados sin pasar por la muerte: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos... y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15:51-52). Los cristianos de Tesalónica esperaban al Señor (1 Tesalonicenses 1:10). Temían por sus hermanos en la fe que habían muerto, pues creían que estos faltarían a la cita. El apóstol les asegura por medio de estas magníficas palabras: “Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:15-18).

El período que seguirá al arrebatamiento de la Iglesia y que precederá al reino universal de Cristo será un período terrible. En el transcurso del mismo, cuya duración será de siete años, los juicios caerán sobre un mundo donde la impiedad irá en aumento. El poder oculto del Anticristo caerá atrozmente sobre todos los que no se sometan a su autoridad diabólica. Los mártires de esta época serán numerosos, como lo dice Apocalipsis 20:4-6. Después de este período, en el milenio ningún creyente pasará por la muerte, pues a partir de entonces solo el malvado será tocado por el juicio que se ejercerá cada día bajo el gobierno del Rey de reyes.

La resurrección de condenación

Es mencionada por el Señor Jesús en Juan 5:29 y por el apóstol Pablo en Hechos 24:15. La resurrección de condenación tendrá lugar después de la disolución de todas las cosas creadas, antes de la introducción de los nuevos cielos y la nueva tierra. El texto de Apocalipsis 20:11-15 describe esta escena solemne. Dondequiera que un cuerpo de incrédulo haya sido puesto, aun cuando sus cenizas hubieren sido esparcidas, resurgirá de la muerte para comparecer delante de Aquel “que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos” (Hechos 10:42). Entonces toda boca será cerrada, cuando la vida de cada uno sea puesta en evidencia y todos sean juzgados según sus obras. El juez de entonces será el que hoy se presenta como Salvador, Aquel cuyo amor para con el pecador le condujo hasta la muerte de cruz. Él es el único que puede salvarnos de la muerte eterna, porque solo él pudo sufrir el juicio en lugar del culpable. ¡Que nadie dude en confiar en él y creer en su Palabra! “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

Jesús es la resurrección y la vida

Cuando hablamos de vida, nuestro pensamiento se dirige hacia el Autor de ella: el Dios Creador. Toda forma de vida sobre la tierra salió de manos del Creador. El evangelio de Juan dice que el autor de todas las cosas creadas es “el Verbo”, el Hijo, Jesús, el Amado del Padre. La confirmación de esta verdad se encuentra en Juan 1:3, Colosenses 1:16 y Hebreos 1:2, 10. La preeminencia del Hijo sobre la creación es establecida por la expresión “primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15).

En Colosenses 1:18 leemos que Cristo es “el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia”. Por su propia resurrección, Jesús inaugura el dominio de la nueva creación en la cual el creyente es introducido por la fe: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Corintios 5:17). Esta nueva creación, de orden espiritual, no está sometida a las contingencias de la materia. La vida que le caracteriza tiene su fuente de poder en Jesús resucitado y no termina con la muerte del cuerpo. Unido al Cristo viviente, el creyente espera a su Salvador. Si pasa por la muerte del cuerpo, sabe que su alma estará presente con el Señor. No obstante, si Jesús cumple su promesa antes de que esto ocurra, no verá la muerte. La confianza que tenemos a este respecto está fundada en las propias palabras de Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25-26).

Cuando Jesús resucitó, la muerte fue vencida, pero esta victoria no tendrá un efecto pleno hasta que los cuerpos de los rescatados por el Señor resuciten:

“ Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?
(1 Corintios 15:54-55).

Cuando nuestro Salvador Jesucristo vino a la tierra, mediante su obra “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10). Los efectos de la muerte sobre el creyente son parciales y por un tiempo solamente. Solo el cuerpo está sujeto a ella, pero resucitará cuando el Señor venga.

Sí, Jesús es la resurrección y la vida. Todo está en él, todo reposa en él, en su obra hecha en el Gólgota, en su muerte y su resurrección. De la misma manera que no hubiera habido vida sin el Creador, solo habría muerte sin la obra del Redentor.

“Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:19-20).

En la gloria celestial, el coro de rescatados, de ángeles y de la creación entera dará gloria y honor al Cordero que fue inmolado, el cual estará sentado en medio del trono; y se centrarán en él todas las miradas y todos los corazones (véase Apocalipsis 5:6-14).